

CONFERENCIAS MAGISTRALES
TEMAS DE LA DEMOCRACIA

Juan Villoro

¿Cuántos borradores necesita la patria?
Democracia y literatura

46

Juan Villoro

¿Cuántos borradores necesita la patria?
Democracia y literatura

Juan Villoro

¿Cuántos borradores necesita la patria?
Democracia y literatura

46

Instituto Nacional Electoral

Consejera Presidenta

Lcda. Guadalupe Taddei Zavala

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtro. Arturo Castillo Loza

Norma Irene De La Cruz Magaña

Dr. Uuc-kib Espadas Ancona

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Carla Astrid Humphrey Jordan

Mtra. Rita Bell López Vences

Mtro. Jorge Montaña Ventura

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Encargada de despacho de la Secretaría Ejecutiva

Lcda. María Elena Cornejo Esparza

Encargado de despacho del Órgano Interno de Control

Lic. Luis Oswaldo Peralta Rivera

Encargada de despacho de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Mtra. Nancy Natividad Rendón Fonseca

¿Cuántos borradores necesita la patria?

Democracia y literatura

Juan Villoro

Primera edición, 2023

D.R. © 2023, Instituto Nacional Electoral
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
col. Arenal Tepepan, 14610, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-8711-78-9

ISBN volumen impreso: 978-607-8870-67-7

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8772-55-1

ISBN volumen electrónico: 978-607-8870-64-6

El contenido es responsabilidad del autor y no
necesariamente representa el punto de vista del INE

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

Contenido

9 Presentación

Conferencia Magistral

¿Cuántos borradores necesita la patria?

Democracia y literatura

15 Uno. Del caudillo al licenciado

27 Dos. El arte de aprovechar problemas

39 Tres. Los redactores de la patria

51 Referencias bibliográficas

53 Sobre el autor

A la memoria de

Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco

| **Presentación**

Juan Villoro es uno de los intelectuales más importantes para conocer el México de hoy, pero también el de ayer y el de mañana. Su vasta obra ha abordado temáticas diversas pero fundamentales: en *Tiempo transcurrido* nos invitó a hacer un recorrido histórico por las calles de la Ciudad de México desde perspectivas de minorías valientes; con “El puño en alto” –de su obra *El vértigo horizontal*– nos hizo vibrar levantando el espíritu social luego del terremoto de 2017. En *Dios es redondo* sentenció algo que sin ningún problema puede ser trasladado al ámbito político: “ser hincha de un equipo perdedor es una escuela de paciencia”.

En esos trazos encontramos evidencia suficiente para demostrar dos cosas: que política y democracia no son ajenas al caleidoscopio de la literatura, y la otra –quizá más importante– que Villoro es una voz autorizada para construir ese nexo indisoluble. Así, esta conferencia exterioriza

esa relación simbiótica entre democracia y literatura que, como ya lo he sugerido, descansa en *la penumbra de su obra*.

A través de tres impresionantes ensayos, Juan Villoro desarrolla algunas ideas que van entretejiéndose en una sola dirección: democracia y literatura. En contraposición con el título de uno de sus libros, con esta conferencia *la casa gana*,¹ pues a través de ella recupera sendas anécdotas que al concatenarse van dando respuesta a la pregunta guía, *¿Cuántos borradores necesita la patria?*

Pocas cosas son tan democráticas como la literatura. A pesar de que durante mucho tiempo su acceso no fuera el más universal, su apertura y pluralidad fueron la llave para formular muchas libertades. Con el voto pasó algo parecido, su acceso inició siendo elitista pero su expansión e inclusividad lo han llevado a la búsqueda de integridad y universalidad. Me gusta pensar que desde ambos flancos se tiene el noble proyecto de llegar a más personas, en especial a aquellas que han carecido de libros o de libertades.

Villoro es un mexicano que ha reivindicado la palabra, y con ella también la democracia, esa que “se construye

1 El libro de Juan Villoro lleva por nombre *La casa pierde*, México, Almadía, 2017.

defendiendo lo que debe ser defendido; con la consciencia de que nada atenta más contra su espíritu que pensar que lo logrado no se puede mejorar”.

A diferencia de otros, este no es un libro que acaba de leerse y luego se guarda en el viejo librero, sino que se trata de una obra que puede servir a aquellas personas que buscan el rumbo de lo político. En este sentido, hay tres ideas que quiero rescatar. La primera se refiere a cómo el oficio de la literatura tiene que ver con la democracia: a lo largo de esta conferencia, y a partir de un archivo de datos personales, Villoro entrelaza distintos hechos históricos que dieron vida a la democracia mexicana. Un recorrido que va desde la flagrante simulación en aquella elección de 1976 en la que únicamente hubo un contendiente, hasta la de 2018, cuando atestiguamos por primera vez que una mujer indígena aspiró a la Presidencia de la República por vía independiente, lo que nos permitió comprender la necesidad de ir haciendo más incluyente la propia democracia. De ida y vuelta, Villoro nos habla del legado revolucionario, su singular adjetivo “institucional”, pasando por 1994 cuando, en sus palabras, el reloj de la patria marcó otra hora con el estallido del movimiento zapatista de liberación nacional. También en 1997, en la época en que trabajaba como periodista en *La Jornada*, propuso la portada “Cultura política” en un número que contenía su entrevista a José

Woldenberg en vísperas de la primera elección de la Jefatura de Gobierno en el entonces Distrito Federal. Una historia contada por un espectador sensible al cambio.

La segunda idea descansa en un recorrido por las letras, por el mundo y por el tiempo. Con base en el análisis de decenas de obras históricas, el escritor advierte necesario que el poder ciudadano no sólo debe durar el domingo de la elección, pues caduca al día siguiente. Además, sentencia con verdad que las mejores obras se desarrollan en momentos o lugares donde la injusticia y la falta de democracia se hacen presentes. Sin embargo, con buen humor concluye que “vale la pena luchar por la democracia, aun al precio de que empeoren las novelas”.

La tercera y última idea es algo sumamente profundo, y es que en México no contamos con un Víctor Hugo, un Thomas Mann o un León Tolstói, porque las y los escritores de esa época tenían otras preocupaciones: construir un país. Sin embargo, no soslaya la trascendencia de Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez *el Nigromante* o Guillermo Prieto, quienes fueron, son y serán pioneros de una tradición de letras y política en nuestro país.

En este contexto, resulta significativo destacar que dedicó su conferencia a José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis,

demostrando una vez más que la palabra vale más cuando se escucha que cuando se pronuncia. De la misma manera que sus personajes,² Villoro voltea a ver un pasado lleno de futuro y lo comparte en esta conferencia que, sin lugar a duda, quedará perenne en la memoria. *¿Cuántos borradores necesita la patria?* es una obra que concatena historias y legados, literatura y democracia; y nos demuestra una vez más que la lucha del ser humano contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido, como diría el recién acaecido Milan Kundera.

Dania Paola Ravel Cuevas

Julio de 2023

2 Por ejemplo, cuando el profesor Ziper encontró las palabras perdidas; cuando Julio Valdivieso se reencontró con quien pudo haber sido en *El Testigo*; o con Toño, Nabor y Alvarito, quienes resistieron los señalamientos sociales por ser distintos allá en la colonia Lindavista.

Uno. Del caudillo al licenciado

El 4 de julio de 1976, a los 20 años, debuté en las urnas de un país que sólo tenía un candidato a la Presidencia: José López Portillo, del PRI.¹ Nuestra democracia era entonces un simulacro de pluralidad donde el mismo partido ganaba todos los comicios. Cansados de la farsa, los partidos de oposición se negaron a presentar candidatos. En vísperas de esa contienda unilateral, Jorge Ibarguengoitia escribió con ironía en el periódico *Excélsior*: "El domingo son las elecciones. ¡Qué emocionante! ¿Quién ganará?".

En aquel año, el triunfo de López Portillo estaba asegurado y la libertad de expresión se encontraba en entredicho. Dirigido por Julio Scherer García, *Excélsior* se había convertido en uno de los 10 periódicos más importantes del mundo y su creciente impacto preocupaba al gobierno.

1 Partido Revolucionario Institucional.

Según narra Vicente Leñero en su novela testimonial *Los periodistas*, un mensajero del presidente llamó al director de *Excélsior* para darle un consejo en clave: le sugirió que prescindiera de su segundo apellido. Scherer revisó la nómina de los que se apellidaban García y entendió la alusión: los artículos de Gastón García Cantú se habían vuelto especialmente incómodos para el poder. El director mantuvo a su columnista y las tensiones se agravaron.

El artículo de Iburgüengoitia se inscribía en ese contexto. Hasta entonces, la prensa derivaba su fuerza de las prebendas que recibía del gobierno. Desde que asumió la dirección del diario, en 1968, Scherer se propuso revertir ese trato, haciendo que el periodismo valiera por su independencia. Cuatro días después de las elecciones de 1976 el gobierno de Echeverría orquestó un golpe al interior del diario. Una foto que se volvería célebre registró la escena: el director abandona la redacción en Paseo de la Reforma, escoltado por sus fieles seguidores.

En solidaridad con Scherer, Octavio Paz renunció a la revista *Plural*, editada por *Excélsior*. En una misma semana, se consolidó la hegemonía del partido único y se canceló la discrepancia escrita.

En 1976 yo militaba en el Partido Mexicano de los Trabajadores. Nuestro principal objetivo consistía en conseguir suficientes firmas para obtener un registro oficial. Los militantes de base aprovechábamos los mítines para que los simpatizantes nos dieran sus datos. A los pocos días, los visitábamos en su domicilio con el fin de obtener su número de empadronamiento (en aquel tiempo remoto nadie llevaba consigo la tarjeta para votar). No olvidaré la sorpresa con que me recibían quienes habían dado su dirección en alguna asamblea, creyendo que nadie iría a verlos. La mayoría de las veces reaccionaban con desconfianza, cuando no con miedo. La tarjeta de empadronamiento era vista como un instrumento de control. Los años transcurridos desde entonces registran un cambio cultural decisivo: la credencial para votar se transformaría en el principal documento de identidad del país. Hoy en día, existes porque votas, lo cual no significa que esta garantía abarque a todos los mexicanos.

En 2021 las comunidades zapatistas decidieron viajar a Europa para conmemorar ahí los 500 años de la caída de Tenochtitlan. No los guiaba un ánimo revanchista, sino un afán de diálogo. Siete representantes de los *caracoles*² de Chiapas zarparon en un barco bautizado como

2 Los caracoles son las regiones organizativas de las comunidades zapatistas.

La Montaña y cerca de 150 militantes los acompañaron por aire. El colectivo Llegó la Hora de los Pueblos, del que formo parte, nos comisionó a Carolina Coppel y a mí a tramitar los documentos del viaje. La mayoría de los zapatistas no tenía papeles, no por formar parte de un ejército rebelde, sino porque un tercio de los campesinos de Chiapas vive en esa situación. En sentido estricto, millones de mexicanos carecen de identidad. Después de un arduo proceso para encontrar fes de bautizo y otras pruebas de existencia, conseguimos que se expidieran actas de nacimiento extemporáneas. En términos burocráticos, los viajeros eran recién nacidos. También su CURP³ fue extemporánea. Posteriormente se tramitaron pasaportes en Relaciones Exteriores⁴ y al cabo de agotadoras gestiones se logró algo que debería ser moneda corriente para cualquier mexicano.

¿Qué sucede con quienes no pertenecen a un ejército rebelde ni cuentan con el apoyo de colectivos y periodistas? En Chiapas y en otros estados fronterizos, para obtener papeles, los indígenas no sólo deben demostrar que son mexicanos, sino que no son guatemaltecos. La exigencia de Estados Unidos de controlar el flujo migratorio ha hecho

3 Clave Única del Registro de Población.

4 Secretaría de Relaciones Exteriores.

que cualquier persona indocumentada sea vista como migrante en potencia. Los documentos en regla, incluida la credencial del INE,⁵ siguen siendo un privilegio inaccesible para muchos mexicanos.

La construcción de la democracia ha sido lenta y aún tiene rezagos. Nada atenta más contra el espíritu democrático que pensar que lo logrado no se puede mejorar.

La literatura mexicana registró con minucia el largo periodo en que las elecciones no fueron sino una simulación. En 1929, cuando Plutarco Elías Calles llamaba a pasar de la política de las armas a la política de las instituciones, Martín Luis Guzmán publicó su excepcional novela *La sombra del caudillo*. Inspirada en Álvaro Obregón y en el propio Calles, la trama aborda los nuevos usos políticos de los generales que cambiaron el caballo por el Cadillac. Los destinos públicos ya no se decidían en el frente de batalla, sino en oficinas, y la feria de las balas fue sustituida por la intriga. No es casual que la política recibiera el sobrenombre de “la tenebra”, el espacio donde se negocia en “lo oscuro”. Amparados en ideales populares, los triunfadores de la Revolución buscaron beneficios personales. Para Martín Luis Guzmán el verbo que define la política

5 Instituto Nacional Electoral.

mexicana es *madrugar*. En el teatro de la conspiración resulta decisivo adelantarse al rival; quien no lo hace es víctima de un madruquete.

En 1931, Nellie Campobello publicó un conjunto de estampas narrativas que tardarían en ser cabalmente valoradas. La autora asume las voces que no pudieron decir su nombre durante la gesta. El discurso oficial buscó relegar al olvido las versiones de los derrotados. Campobello asume una perspectiva tres veces relegada: la de los niños, las mujeres y los villistas. Con el mismo pulso con que Elena Garro recuperaría la historia de Felipe Ángeles, mártir de la Revolución ultimado por Venustiano Carranza, Campobello escribió las historias disidentes de un país que convirtió la Revolución en museo, monumento y Partido Único.

En 1955, Juan Rulfo publicó la pieza maestra de nuestra narrativa: *Pedro Páramo*, historia de un cacique que domina los afanes públicos y privados con patriarcal hegemonía (en Comala, todos son hijos de Pedro Páramo). Rulfo retrata al caudillo que somete a los demás, pero también a sus súbditos, la legión de fantasmas que él domina, personajes tan pobres que ni siquiera pueden ejercer su derecho a la muerte. Desposeídos, sin redención posible, deambulan entre la vida y el más allá. Rulfo construye una impecable

alegoría sobre la imposibilidad de participar en la vida en común. Quien vive bajo un cacicazgo sólo puede existir como fantasma.

La crítica al poder emanado de la Revolución continuó en 1962 con *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes. El protagonista, que alguna vez creyó en cambiar la realidad, se ha convertido en miembro privilegiado de la Gran Familia Revolucionaria, la clase hegemónica que se enriqueció después de la contienda. Para entonces, el Partido Oficial ya había acuñado un concepto insólito: la Revolución Institucional. Bajo ese contradictorio membrete, convirtió la noción de cambio en un inacabable trámite burocrático.

Dos años después, en 1964, Jorge Ibarguengoitia abordó la Revolución como una farsa en *Los relámpagos de agosto*. La novela registra una mascarada en la que todos los políticos son cínicos, egoístas, pícaros que confunden lo público con lo privado y entienden su oficio como una depredación que los beneficia. Fue un libro muy leído, pero recibió críticas de una intelectualidad que consideraba irresponsable desacreditar la causa revolucionaria. Para la izquierda de los años sesenta, la gesta de los ejércitos populares de Villa y Zapata había sido traicionada, pero su impulso transformador podía ser retomado. Cuando

tuviéramos democracia real, la Revolución cumpliría sus asignaturas pendientes. Esta postura adquirió relevancia en 1971. Adolfo Gilly publicó una apasionada historia de la lucha armada cuyo título reflejaba las aplazadas ilusiones de la izquierda: *La revolución interrumpida*. De acuerdo con Gilly, el impulso transformador de 1910 había tenido un nuevo auge en tiempos del general Cárdenas y no se había desvanecido del todo: el país aún podía retomar las principales consignas de Villa y Zapata.

Años después, Gilly fue de los primeros en advertir que la izquierda podía alcanzar su demorada oportunidad en la figura del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del general, que fundó la Corriente Crítica del PRI, se separó de ese partido y, muy posiblemente, ganó las elecciones de 1988 que le fueron arrebatadas con un fraude.

El 31 de diciembre de 1993, el país se disponía a dormir a pierna suelta para amanecer en un oasis del primer mundo: al día siguiente entraría en vigor el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá que permitiría ingresar a los espejismos del consumo. Sin embargo, el reloj de la patria dio otra hora. El 1° de enero los nuevos zapatistas se levantaron en armas para denunciar el abandono que padecen las comunidades indígenas. El México en el

que el presidente Carlos Salinas de Gortari pretendía inaugurar la modernidad incluía a la amplia franja de pobladores que Fernando Benítez había registrado en los cinco tomos de *Los indios de México*. En esas crónicas pioneras, mezcla de periodismo y antropología, Benítez demostraba que millones de mexicanos aún vivían en el neolítico. El sueño de *duty free* de 1994 fue relevado por la dolorosa constatación de lo que en verdad somos.

Después del levantamiento, Friedrich Katz, ejemplar biógrafo de Pancho Villa, señaló que la Revolución aún tenía en México un peso político excepcional. La prueba estaba en que diversas fuerzas reclamaban su herencia: del Partido Revolucionario Institucional al Partido de la Revolución Democrática, pasando por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Para Katz, la causa de esto era evidente: el concepto de *revolución* se mantenía vigente porque sus principales demandas –democracia y justicia social– no se habían cumplido.

La literatura mexicana no dejó de dar cuenta de esas carencias. Daniel Sada escribió una notable novela sobre un fraude electoral, *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*; en *Arráncame la vida*, Ángeles Mastretta contó la historia de una mujer que conoce la impunidad de

la manera más íntima, como consorte de un gobernador atrabiliario; y en *Entrada libre: crónicas de la sociedad que se organiza*, Carlos Monsiváis registró los movimientos que buscaban transformar un sistema antidemocrático.

Mientras tanto, en la arena pública, la democracia se convirtió en un ideal que todos los sectores defendían, pero que cada uno interpretaba a su manera. Sucedió lo mismo que con la Constitución,⁶ cuyos principios se consideraban encomiables, pero que en la práctica se utilizaban para tramitar enmiendas (más de 700, de 1917 a la fecha).

En los años setenta, la izquierda desconfió con razón de la *apertura democrática* propuesta por Luis Echeverría. Después del 68, el gobierno pasó de la represión abierta a una represión selectiva y a la cooptación de la clase media a través de nuevas oportunidades de estudio y trabajo. La apertura democrática fue en lo fundamental un simulacro de inclusión.

Un par de décadas después, las cosas comenzaron a cambiar. En 1997 se celebraron las primeras elecciones para jefe de Gobierno en el entonces Distrito Federal. Yo trabajaba en el periódico *La Jornada*, principal espacio

6 Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

informativo de la izquierda. Estaba a cargo del suplemento cultural, pero la política no es ajena a la forma en que se ejerce el arte. Discutimos el tema de las elecciones en la redacción y juzgamos que debíamos ocuparnos de eso. No podía haber nada más importante. Sin embargo, no todo mundo compartía nuestro entusiasmo. Los militantes de la izquierda de línea dura juzgaban que el PRI haría un nuevo simulacro y que celebrar el proceso electoral significaba “hacerle el juego” al poder establecido. A contrapelo de esta postura, Fabrizio Mejía Madrid y yo entrevistamos al Consejero Presidente del IFE,⁷ José Woldenberg, y dedicamos nuestro tema de portada a “La cultura democrática”. Pocas veces recibimos tantas críticas. Éramos cómplices de una farsa. Woldenberg, antiguo militante de la izquierda, se había vendido para avalar el triunfo del PRI. Porfirio Díaz volvía a tener razón: México no estaba preparado para la democracia.

Al día siguiente, cuando se supo que Cuauhtémoc Cárdenas había ganado la contienda, el número más vilipendiado de nuestro suplemento se convirtió en el más exitoso; habíamos anticipado la noticia que otros no querían dar: el sueño de la libre elección era posible.

7 Instituto Federal Electoral.

Esto no aminoró la resistencia a hablar de democracia. Para muchos, se trataba de un concepto burgués destinado a edulcorar la dominación. La falta de discusión sobre el tema nos llevó a hacer un nuevo ejercicio en el suplemento. Le pedimos a un joven periodista, Ciro Gómez Leyva, que entrevistara a representantes del campo intelectual para reflexionar sobre la necesaria construcción de la democracia. Cuando tocó el turno de Héctor Aguilar Camín, el historiador y novelista lanzó una frase que podía parecer cínica y tenía el valor de una irónica profecía: "Que haya democracia y que gane el peor".

Habían pasado 20 años desde mi debut en las urnas. En ese lapso, siempre asocié la creación de un orden democrático con el triunfo de la mejor opción política (que, naturalmente, sería la mía). La frase de Aguilar Camín anticipaba la decepción que puede ocurrir en democracia. El pueblo expresa su voluntad y ganan Hitler, Bolsonaro o Trump.

Dos. El arte de aprovechar problemas

La literatura es un espejo acrecentado de la realidad. No sólo se ocupa de lo que sucede, sino de lo que podría suceder. En esas páginas, la democracia ha sido vista con idénticas dosis de esperanza y escepticismo, entre otras cosas porque la literatura antecede en siglos a los procesos electorales y prospera en toda clase de sociedades. Incluso se podría argumentar que las mejores obras han surgido bajo gobiernos autoritarios. Contamos historias para soportar el peso de un entorno adverso. Los conflictos mejoran las tramas. Tolstói lo dice con claridad al inicio de *Ana Karenina*: "Las familias felices no tienen historia". Para que algo merezca ser contado, requiere de una fisura, un desafío, un problema a superar. Orson Welles lo expresó perfectamente en la película *El tercer hombre*, con guion de Graham Greene. En una escena que se volvió canónica, pregunta qué le han dado al mundo la paz y la

estabilidad de Suiza. El magro resultado de ese bienestar es el reloj cucú. En cambio, las intrigas, la corrupción y las injusticias de Italia produjeron el Renacimiento. Siguiendo ese modelo, a los escritores mexicanos no nos queda más remedio que ser renacentistas.

La tiranía de los zares fue el entorno en el que surgió la literatura de Pushkin, Gógol, Tolstói, Dostoievski, Chéjov, Lérmontov, Turgéniev. Por otra parte, no hay duda de que los reyes trágicos de Shakespeare son mejores personajes que los funcionarios de las democracias. En su cuento "El retrato", Gógol hace que una mujer defienda la magnánima protección que la aristocracia ha brindado a los artistas; recuerda que Dante no pudo encontrar sosiego en su *patria republicana* y remata: "Los verdaderos genios sólo se desarrollan en las eras esplendorosas de poderosos reyes y monarquías". ¿Debemos entonces sustituir las becas a los creadores por estímulos que históricamente han sido muy eficaces, como la censura y la cárcel?

Pocos escenarios han sido tan estimulantes para la novela como las guerras. Las contiendas napoleónicas dieron lugar a *La cartuja de Parma* y *Guerra y paz*, la Revolución mexicana a *Los de abajo* y *El águila y la serpiente*, la Segunda Guerra Mundial a *El tambor de hojalata* y *Trampa 22*. En el elegíaco final de *Soldados de Salamina*,

Javier Cercas recuerda que, a fin de cuentas, la historia humana es decidida por un pelotón que se juega la vida.

La literatura se beneficia de aquello a lo que se opone. Ningún autor anhela una declaración de guerra para producir una obra maestra ni una dictadura para narrar oprobios, pero, una vez ocurrido, el desastre es un estimulante material literario. Las palabras se hacen cargo de los desperdicios. Cuando Boris Pilniak afirma que la diosa de los escritores es la hiena, no lo hace con un fin peyorativo, sino reconociendo el reciclaje creativo del arte, que da una finalidad útil a la carroña.

Desde el punto de vista literario, la justicia es menos estimulante que la injusticia. Pero el ser humano vive en la realidad y no en los libros. Vale la pena luchar por la democracia, aun al precio de que empeoren las novelas. Por lo demás, la literatura escandinava contemporánea demuestra que incluso las sociedades de bienestar producen dramas. En ese civilizado entorno, los detectives de Henning Mankell no portan armas, pero sigue habiendo asesinatos.

La literatura ha sabido alertar sobre los riesgos a los que puede llevar el ejercicio de la voluntad. En su obra de teatro *La resistible ascensión de Arturo Ui*, Bertolt Brecht ofrece

una parábola sobre el triunfo de Hitler. El último parlamento advierte: "Todavía es fértil el vientre del que salió lo in-mundo". El nacionalsocialismo puede volver a ocurrir, y su matriz fue democrática.

En forma parecida, Sinclair Lewis relata en su novela *Esto no puede pasar aquí* el proceso electoral que lleva a un populista a la Presidencia de Estados Unidos. Escrita cuando el antisemita Lindbergh, carismático héroe de la aviación, aspiraba a llegar al poder, la novela de Lewis adquirió renovada actualidad con el triunfo de Donald Trump.

Anhelar la democracia no impide criticar los abusos que se cometen en su nombre. En su novela breve *La jornada de un escrutador*, Italo Calvino narra la historia de un fraude electoral. En la casilla que supervisa el protagonista, los votos son manipulados por la Iglesia. En la Italia de posguerra, la democracia no es sino un pacto de autoritarismos conservadores.

La solución a los problemas sociales que plantea la literatura está fuera de los libros, en la modificable realidad. Cuando Mario Vargas Llosa pregunta al principio de *Conversación en La Catedral* "¿En qué momento se había jodido el Perú?", no invita a cerrar el libro y repudiar el país donde ocurre, sino, por el contrario, a entender a fondo

ese problema. La literatura es uno de los pocos espacios donde la crítica se asocia a la empatía. El escritor presenta un conflicto que lo lastima. El Perú se jodió, pero eso nos compete.

La literatura pone en tela de juicio la realidad y en ocasiones incluso cuestiona las creencias del propio autor. En 1949, en su novela *Los días terrenales*, José Revueltas hace que dos personajes discutan sobre la transformación de la sociedad. Uno de ellos dice con ironía: “¡Luchemos por una sociedad sin clases! ¡Enhorabuena! ¡Pero no, no para hacer felices a los hombres, sino para hacerlos libremente desdichados!”. Un año después, Revueltas se vio obligado a abjurar de esta novela para seguir militando en las filas del comunismo. Sus compañeros de ruta no aceptaban que la aurora proletaria permitiera que alguien fuese *libremente desdichado*.

Ciertos escritores no sólo han criticado las deficiencias de la democracia sino su existencia misma, lo cual no ha quitado grandeza a su escritura. Por distintas razones, Louis-Ferdinand Céline, Gabriele D’Annunzio, Ezra Pound, Filippo Tommaso Marinetti y Ernst Jünger aplaudieron autoritarismos. El sabio Séneca fue mentor del demente Nerón, Neruda escribió una “Oda a Stalin” y Peter Handke asistió al sepelio del genocida Milosevic. No todos han

tenido el valor de Victor Hugo de arriesgar la vida y soportar el exilio por oponerse a Napoleón III.

La gente de letras se suele mover por razones intuitivas y logra que las novelas sean más inteligentes que los autores. Quien se interese en una brillante argumentación en favor del anarquismo puede leer *Los endemoniados*, de Dostoievski. El autor detestaba ese movimiento, pero supo plasmar de manera inmejorable sus razones.

La literatura admite la ambigüedad, lo contradictorio y lo meramente posible. En este sentido es, en sí misma, un ejercicio democrático, pero diferente al que ocurre en la arena pública, donde las ideologías no pueden darse el lujo de ser ambivalentes.

Vale la pena revisar el caso del mayor novelista de la lengua alemana del siglo XX, Thomas Mann, quien también fue un notable ensayista y expositor del pensamiento.

En su juventud, cuando ya había escrito *Los Buddenbrook*, reflexionó sobre el destino de la Alemania que se encaminaba a la Primera Guerra Mundial. Muy en su estilo, no lo hizo a la ligera, sino en las 600 páginas de *Consideraciones de un apolítico*. Su hermano Heinrich defendía la

democracia y se oponía a la autocracia prusiana. En cambio, Thomas veía con desconfianza que las mayorías decidieran. En sus diarios de juventud, que no pudo destruir como hubiera querido, muestra su exaltación patriótica. El 24 de marzo de 1919 escribe: "Puedo verme ya en la calle marchando y vociferando: ¡Mueran las mentiras de la democracia occidental!".

Mann coincidía con el ilustrado Georg Christoph Lichtenberg en la idea de que la tragedia de la democracia consiste en que los votos no se pesan, sino que sólo se cuentan. En el mismo tenor, Jorge Luis Borges consideró que las elecciones eran un *abuso de la estadística*. El voto razonado vale lo mismo que el voto impulsivo, ignorante o manipulado, y las masas caen con facilidad en la idolatría.

Al hablar de política, el maestro de la ironía alemana se definía como *apolítico*. Thomas Mann reclamaba su derecho a opinar en forma diferente a los profesionales de las ideologías, lo cual incluía el derecho a contradecirse: "¿Existe alguna situación más horrenda que aquella que no deja en el cerebro lugar a la duda?", se pregunta. El pensamiento único es la base del autoritarismo. La democracia se propone negarlo promoviendo la pluralidad, pero el líder que triunfa en los comicios puede hipnotizar a las multitudes.

Sin saberlo, Mann anticipaba el triunfo de Hitler. La defensa, que él juzgaba patriótica, de una Alemania libre del caos democrático, desembocó en la polarización y el advenimiento del delirio nazi. Podría decirse que la historia dio amarga razón a su desconfianza. Sin embargo, con una honestidad intelectual sin parangón, el novelista advirtió el peligro en el que había caído: Hitler no era un demócrata; se había servido de ese recurso para negarlo después. La única manera de salvar la democracia, fórmula inevitablemente imperfecta y abierta a los devaneos de la voluntad, consistía en reforzar su ejercicio. Después del triunfo del nazismo, Mann se exilió en Suiza y, a partir de 1933, dedicó conferencias radiofónicas y numerosos artículos a la lucha en favor de la democracia que sostendría hasta su muerte, ocurrida en 1955. Los horrores del siglo educaron a su excepcional testigo. Acogido por Estados Unidos, Mann vivió en California hasta que el macartismo, nuevo atentado a la democracia, lo hizo volver a Europa.

La literatura es una actividad necesariamente inconforme, rebelde, incómoda; su visión de la realidad sólo puede ser crítica; requiere de libertad para ser ejercida y, quien no la tiene, escribe en secreto: Diderot dejó inéditas las muchas obras que lo hubieran llevado a la cárcel en caso de haberlas publicado.

Al eliminar conflictos sociales, la democracia podría atemperar el impulso de contar historias, pero los escritores siempre tienen algo que lamentar. Especialistas en encontrar la mosca en la sopa, saben que todo podría ser diferente. La democracia es un estímulo en la medida en que nunca dejará de ser un problema. La seducción de las voluntades y su mezcla en las urnas arrojan resultados sorprendentes y no siempre encomiables. Con un hábil uso de los sondeos, los algoritmos y la propaganda, la empresa Cambridge Analytica logró distorsionar las preferencias electorales en 32 países. Por otro lado, las democracias representativas permiten que el voto se convierta en un cheque en blanco. El poder de las personas que votan existe el domingo de elección y caduca al día siguiente. En 2006, dos semanas después de haber sido electo, Felipe Calderón lanzó una "guerra contra el narcotráfico", que dejaría miles de muertos y desaparecidos. Ese tema no apareció en sus propuestas de campaña ni fue consultado con su partido o discutido en el Congreso. Al margen de la voluntad general, militarizó el país.

Una de las principales asignaturas pendientes en la construcción de la democracia consiste en ciudadanizar la política para permitir que los votantes supervisen a quienes eligen para transitar de una democracia meramente representativa a una democracia directa.

Vuelvo al expediente personal, necesario para el cronista. En 2017 y 2018 fui vocal del colectivo Llegó la Hora de los Pueblos, que propuso a la indígena María de Jesús Patricio como candidata independiente a la Presidencia. El ejercicio era novedoso, pero los requisitos impuestos por los partidos políticos hicieron que las candidaturas en verdad independientes fueran inviables. ¿Cómo conseguir cerca de un millón de firmas repartidas en al menos 17 estados del país? Para lograrlo, se requieren recursos con los que sólo cuentan los partidos establecidos. Así las cosas, esas candidaturas se prestan para ser el Plan B de quienes no obtienen la nominación del frente político al que pertenecen, como fue el caso de Margarita Zavala y de Jaime Rodríguez, *El Bronco*. Ambos presentaron numerosas firmas falsas, pero alcanzaron la suma requerida de firmas válidas. El Tribunal Federal Electoral⁸ no sancionó las trampas y José Woldenberg escribió un artículo al respecto con el elocuente título de “Vergüenza”.

Por su parte, el INE discriminó a los participantes al exigir que las firmas fueran recaudadas en teléfonos celulares de gama media que cuestan al menos tres salarios mínimos. Las comunidades indígenas, que carecen de acceso a la tecnología y viven en regiones sin conectividad,

8 Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación.

participaron de modo muy desigual en la contienda. Aun así, la campaña de María de Jesús Patricio presentó las cuentas más honestas, como reconoció ante la prensa el Consejero Electoral Ciro Murayama.

Queda claro que la democracia mexicana no ha dejado de ser un proceso en construcción. Si apasiona es, entre otras cosas, porque resulta perfectible.

¿Qué autoridad tienen las mujeres y los hombres de letras para hablar de las carencias y los rezagos de la democracia? Conviene recordar una rara especialidad de este país: en buena medida, el México independiente fue creado por escritores.

Tres. Los redactores de la patria

Nuestro siglo XIX literario no se puede comparar en calidad con el de otras latitudes. No tuvimos un Víctor Hugo, un Dickens, un Pushkin o un Stendhal. Esto se debió a una peculiar circunstancia: los principales escritores del momento estaban dedicados a otra cosa: inventar un país.

La novela mexicana se funda en condiciones muy precarias. Ante la falta de espacios, José Joaquín Fernández de Lizardi crea el periódico más importante en tiempos de la Independencia, *El Pensador Mexicano*, y publica su extensa novela *El Periquillo Sarniento* por entregas en folletos. Con arriesgada valentía, apuesta porque el gran público, y no los mecenas, sufraguen su trabajo. *El Periquillo* retrata la corrupción y las desigualdades del mundo novohispano y augura un país por venir. Se empieza a publicar cuando Morelos es derrotado; el fin del dominio español parece entonces difícil de obtener. José Emilio Pacheco comenta

al respecto: “José Joaquín Fernández de Lizardi rompe con las letras coloniales y funda la literatura mexicana cinco años antes de que México exista en tanto que nación”.

El país se prefiguró en las letras y los principales autores de aquel tiempo se dedicaron a transformar los textos en realidad. Vicente Quirarte encontró un título perfecto para los afanes de Guillermo Prieto: *La patria como oficio*. Nacido en 1818, tres años antes de la consumación de la Independencia, Prieto perteneció a la generación de liberales que fundaron periódicos, promulgaron leyes, ejercieron funciones públicas con notable honestidad y escribieron sin descanso en todos los momentos y en todos los foros a su alcance. La nación independiente dependió de la *ciudad letrada*, para usar la expresión de Ángel Rama.

Las obras completas de Prieto suman 39 volúmenes, dedicados a retratar un país todavía improvisado y primerizo, que se autodefine mientras él escribe. La copiosa y desigual ejecutoria del autor de *Memorias de mis tiempos* dependió de los altibajos de la nación que le servían de tema. Prieto estuvo en el frente de batalla y formó parte activa de las transformaciones de la Reforma. En Guadalajara, salvó la vida de Benito Juárez con una frase que se repetiría

en las clases de civismo: “Los valientes no asesinan”. La debilidad del gobierno mexicano llegó a ser tan grande que Juárez perdió el control de la sede del poder y decidió que la Presidencia viajara en su carruaje. Prieto lo acompañó en esa administración errante. Para evitar amenazas, las ventanillas del vehículo estaban cubiertas por cortinas negras. Si alguien preguntaba quién viajaba ahí, el escritor respondía: “Una familia enferma”. La patria de los comienzos fue eso, una familia enferma, y Prieto se dio a la tarea de darle alivio en sus textos y en sus actos como diputado y ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores. Carlos Monsiváis dijo de él: “Prieto sintetiza el valor, el talento, el buen humor, el entusiasmo, la indignación patriótica y la generosidad de un grupo de vanguardia intelectual”.

Otro notable representante de esa época fue Vicente Riva Palacio, que comandó el Ejército del Centro. Maximiliano se rindió en Querétaro ante sus tropas. Como Prieto y tantos otros, Riva Palacio se hubiera dedicado de tiempo completo a la escritura de no ser porque prefirió corregir una patria que estaba en borrador. Además de su vasta obra personal, a la que pertenece la letra de la canción *¡Adiós, mamá Carlota!* con la que se celebró el triunfo sobre los franceses, Riva Palacio dirigió el proyecto historiográfico *México a través de los siglos* y fundó el periódico *El Ahuizote*, decisivo para uno de los géneros más brillantes

de nuestra cultura popular: la caricatura. Nacido en 1832, a los 15 años participó en las guerrillas contra la invasión estadounidense, fue diputado suplente cuando se redactó la Constitución de 1857, fungió como gobernador de Michoacán y del Estado de México y, por si fuera poco, se convirtió en un excepcional ministro de Fomento. Desde esa oficina mandó explorar las ruinas de Palenque, creó el Observatorio Nacional y concluyó el Paseo de la Reforma. Tuvo todos los cargos posibles menos el de presidente, que Porfirio Díaz le evitó por temor a ser opacado por un intelectual, mandándolo como diplomático a España, donde llegó a dirigir el Círculo de Bellas Artes. Resulta casi escandaloso que Riva Palacio aún tuviera tiempo de escribir y que lo hiciera con brillantez en los *Cuentos del general*. Cuando estuvo en la cárcel como preso político escribió "Al viento", que en opinión de José Emilio Pacheco es el mejor soneto mexicano en lo que va de sor Juana Inés de la Cruz a Manuel José Othón.

¿Y qué decir de Ignacio Ramírez, que revolucionó el periodismo con el seudónimo de El Nigromante? "Para hablar de Ramírez, necesito purificar mis labios", decía Guillermo Prieto. La actividad pública se convirtió para El Nigromante en una extensión natural de sus escritos. Formó parte de la Revolución de Ayutla, como secretario personal de Ignacio Comonfort, fue diputado en el Congreso Constituyente de

1857, participó en la redacción de las Leyes de Reforma y, como ministro de la Suprema Corte, reclamó derechos educativos y laborales para las mujeres. En las discusiones preparatorias para la Carta Magna fue un adalid de la separación entre la Iglesia y el Estado. En su discurso del 7 de julio de 1856 afirma: "Señores, yo, por mi parte, lo declaro, yo no he venido a este lugar preparado por éxtasis ni por revelaciones: la única misión que desempeño no es como místico, sino como profano".⁹ Es mucho lo que la creación del Estado laico le debe a Ignacio Ramírez. Fue el más radical de los liberales y asoció la pertenencia al país con una condición moral: "El mexicano es libre, y todos los hombres pueden ser mexicanos".

Entre batallas, levantamientos, cárceles y amenazas, los escritores liberales corrían el riesgo de que su obra no fuera ponderada. Esa labor recayó en Ignacio Manuel Altamirano, autor de origen indígena que ideó el periódico *El Renacimiento* y la Escuela Normal, y escribió la historia de las revistas literarias mexicanas de 1821 a 1867, que registra textos que podrían haber caído en el olvido y definieron el inicio del México independiente. A estas alturas del repaso, no extraña que también él participara en las

9 Citado en Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas. Del pensamiento liberal del siglo XIX*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000, p. 170.

guerras de Reforma ni que acompañara a Riva Palacio en el triunfo sobre los franceses. Diputado por Chilapa, promovió el nacionalismo y el Estado laico. Autor de libros de relatos como *La navidad en las montañas* y de la novela *Clemencia*, entendió la literatura como una edificante pedagogía que combate la discriminación social y racial. Durante décadas, registró la vida cultural de México, ejercida en un clima que conspiraba contra ella: "Amo la literatura y veo que la miseria la hace imposible", anota en su *Diario*.

Después de la intervención francesa, Altamirano rechazó el grado de general y con sus sueldos atrasados fundó el periódico *El Correo de México*. Apoyó a Juárez contra el ejército invasor, pero criticó muchas de sus medidas como presidente. Esto dio lugar a una escena que enaltece a los periodistas y políticos de aquel tiempo y que José Emilio Pacheco recuperó en su columna "Inventario" del 18 de noviembre de 1984. Un representante del gobierno boliviano coincidió con el escritor y el político en una cena oficial. El presidente Juárez presentó a Altamirano como un inteligente periodista opositor. "Altamirano, sin inmutarse, contesta que apoyó a Juárez como jefe de la resistencia nacional y volvería a hacerlo, pero que lo combate en la política interna. Juárez habla de su respeto y reconocimiento

a sus críticos, abraza cordialmente a Altamirano y ambos brindan con el diplomático".¹⁰

La construcción de la democracia, que aún prosigue, comenzó con los escritores liberales de nuestro siglo XIX. Uno de sus más fieles discípulos, Carlos Monsiváis, escribió la historia de esos días y esas ideas bajo el título de *Las herencias ocultas*. Los próceres más llamativos fueron otros, pero los escritores los hicieron posibles.

Por su parte, José Emilio Pacheco levantó una elegía a esa notable generación. En 1984, en tiempos de Miguel de la Madrid, escribió:

Si en una sala imaginaria estuviera reunida toda la élite política mexicana de este momento y entraran Altamirano, Ramírez y Prieto, todos sin excepción tendrían que ponerse de pie y bajar la cabeza. ¿Quién ha estado a la altura de la lección ética que nos dejaron? ¿Quién podría decir: pasaron por mis manos todos los millones y millones de los bienes eclesiásticos y no me quedé con un solo centavo; como ministro tuve que seguir a Juárez andando, porque no tenía ni para alquilar un caballo; para enterrarme tuvieron que vender los muebles de mi casa; ocupé todos los

10 José Emilio Pacheco, *Inventario*, tomo II, México, Editorial Era, 2017, p. 105.

puestos públicos imaginables y siempre malviví de mi salario estricto y los diez pesos por crónica que me pagaban los periódicos?

Si México no se ha desangrado es porque existieron hombres como ellos. Si en México todavía queda alguna esperanza es porque a pesar de todo sigue en pie el ejemplo de la generación de 1857.¹¹

La literatura antecede a la democracia y se ha podido ejercer sin ella. Sin embargo, México tiene una rara especificidad: los primeros escritores del país fueron también los impulsores de la democracia.

Monsiváis publicó *Las herencias ocultas* en el canónico año 2000, cuando se registró la primera alternancia en el poder. Durante la campaña, hablé mucho con el mayor de nuestros cronistas. A ambos nos decepcionó que el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas no ganara la contienda, pero mi optimismo rebasaba al suyo en lo que toca al proceso electoral. A petición de José Woldenberg, escribí el texto que acompañó una memoria fotográfica de la jornada electoral. Ahí apunté:

11 *Ibid.*, p. 93.

El domingo 2 de julio amaneció con esa luz limpia que tanto anhelan los fotógrafos. El clima, despejado y tranquilo, anticipaba la jornada electoral más competida de la historia de México. Ese domingo fotogénico, casi 60 millones de ciudadanos estaban empadronados para ir a las urnas; por primera ocasión en muchas décadas el resultado no podía preverse, y sin embargo, esta situación inédita llegaba con el aplomo de lo que empieza a ser costumbre. ¡Bienvenidos a la normalidad democrática! ¿Qué Homero con gafete de acreditación podía narrar esta épica sin impugnaciones?¹²

Menos entusiasta que yo, Monsiváis juzgaba que el triunfo del conservador Vicente Fox retrasaría el reloj de la historia. En la página 13 de *Las herencias ocultas*, me escribió una irónica dedicatoria en la que se refiere a su libro como “este relato que acabará para siempre el 1 de diciembre de 2000”. El sueño liberal estaba amenazado.

El escepticismo del cronista se basaba en que se puede triunfar en democracia para destruir la democracia, del mismo modo en que se puede ser injusto en nombre de la justicia. Monsiváis temía que las herencias ocultas

12 Juan Villoro, *Memoria gráfica de la democracia 2000*, México, Instituto Federal Electoral, 2000, p. 7.

desaparecieran por completo y se olvidara lo que ocurrió cuando nuestro país no era otra cosa que un proyecto.

Mi crónica de las elecciones del 2000 concluyó con la escena en la que, a las 11:00 de la noche, Woldenberg dijo como titular del IFE: "Creo que hemos pasado la prueba: somos un país en el cual el cambio en el gobierno puede realizarse de manera pacífica, mediante una competencia regulada, sin recurso a la fuerza por parte del perdedor, sin riesgos de involuciones, eso es la democracia".¹³

Cito el final del texto que escribí entonces:

La frase más anhelada de nuestra vida en común había sido pronunciada. Sólo un mexicano estaba obligado a guardar la calma en el momento, el propio José Woldenberg. Los demás estallamos en las infinitas variantes de la emoción que permiten "cortarle a la epopeya un gajo", como quiere López Velarde en "La suave Patria". Más allá de las predicciones de cada quien, concluíamos la jornada con una certeza: "Eso es la democracia".¹⁴ El futuro había comenzado.

13 *Ibid.*, p. 18.

14 *Idem.*

Veintitrés años más tarde nuestro tiempo es difícil, “como todos los tiempos”, añadiría Dickens. La democracia no es una esencia sino un proceso; su historia siempre está por escribirse.

En una época más convulsa que la nuestra, los escritores liberales imaginaron una república de la pluralidad y celebraron los beneficios de las discrepancias.

Su legado es nuestro porvenir.

| Referencias bibliográficas

Monsiváis, Carlos, *Las herencias ocultas. Del pensamiento liberal del siglo XIX*, México, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, 2000.

Pacheco, José Emilio, *Inventario*, tomo II, México, Editorial Era, 2017.

Villoro, Juan, *Memoria gráfica de la democracia 2000*, México, Instituto Federal Electoral, 2000.

| Sobre el autor

Juan Villoro es licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Fue becario del Instituto Nacional de Bellas Artes, del Instituto Goethe y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Ha sido profesor de Lengua y Literaturas Hispánicas y Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México, y profesor invitado en las universidades de Yale, Boston, Pompeu i Fabra de Barcelona y Princeton.

Entre los reconocimientos que ha recibido están los premios Cuauhtémoc de Traducción (1988); Xavier Villaurrutia (1999); Mazatlán (2001); Heralde de Novela (2004); Internacional de Periodismo Vázquez Montalbán (2006); de Narrativa Antonin Artaud en México (2008); Internacional de Periodismo Rey de España (2010); Iberoamericano de Letras José Donoso (2012); Crónica (2015); Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco (2015); de periodismo

Diario Madrid (2016); Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde (2016); Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas (2018), y el Primer Premio Jorge Ibargüengoitia de Literatura (2018).

Fue agregado cultural en la Embajada de México en Berlín. Se ha desempeñado como periodista, narrador, cronista y ensayista. Entre sus obras más relevantes están las novelas *El disparo de argón*, *Materia dispuesta*, *El testigo*, *Llamadas de Ámsterdam*, *El libro salvaje*, *Arrecife*, *La tierra de la gran promesa*; los cuentos *La noche navegable*, *Albercas*, *La alcoba dormida*, *La casa pierde*, *Los culpables*, *El Apocalipsis (todo incluido)*; los ensayos *Efectos personales*, *De eso se trata*, *Ida y vuelta: una correspondencia sobre fútbol*, *El ojo en la nuca*, *La utilidad del deseo*; en el ámbito de la crónica y el periodismo destacan *Tiempo transcurrido*, *Crónicas imaginarias*, *Palmeras de la brisa rápida: un viaje a Yucatán*, *Los once de la tribu*. *Crónicas de rock, fútbol, arte y más*, *Safari accidental*, *Dios es redondo*, *8.8: el miedo en el espejo*, *¿Hay vida en la Tierra?*, *Balón dividido*, *El vértigo horizontal*. Su obra ha sido traducida al francés, alemán e inglés.

Asimismo, ha colaborado en varias publicaciones: *Biblioteca de México*, *Cambio*, *Diorama de la Cultura*, *El Mundo*, *El País*, *La Gaceta del FCE*, *La Jornada*, *La Orquesta*, *La*

Palabra y el Hombre, Letras Libres, Nexos, Pauta, Proceso, Revista de la Universidad de México, Siempre!, Unomásuno y Vuelta.

46

¿Cuántos borradores necesita la patria?

Democracia y literatura

La edición estuvo al cuidado de la Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica del Instituto Nacional Electoral.

46

 **CONFERENCIAS
MAGISTRALES**



Consulta el catálogo
de publicaciones del INE

 **INE**
Instituto Nacional Electoral